



Ese  
Algo  
especial

Sandra Miró



Matchstories

# Ese algo especial

Sandra Miró

Esencia/Planeta

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Sandra Miró, 2023

© Editorial Planeta, S.A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Ilustraciones del interior: Naranjaldad

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-08-26207-7

Depósito legal: B. 7-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S.A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Capítulo 1



Es un martes cualquiera. La hora de mediodía hace rato que ha quedado atrás.

Didi, cansada, coge la mochila y se la cuelga en los hombros. Atraviesa el supermercado todo lo rápido que puede y llega hasta las puertas automáticas.

No quiere pasar ni un segundo más del necesario ahí dentro.

Tiene tantas ganas de irse que la espera hasta que se abren las puertas se le hace eterna. Cuando por fin empiezan a deslizarse, sale y nota directamente el aire gélido en la cara, cosa que agradece muchísimo. Este mes de enero está siendo muy frío.

Se abrocha el abrigo con una sonrisa al recordar la cantidad de veces que sus padres le decían cuando era pequeña que se tapara bien para evitar enfriarse y ponerse mala.

—Hola.

Didi se extraña, no tiene claro si se lo están diciendo a ella. Por la cercanía con que lo ha oído cree que sí. Entonces alza la vista y se sorprende al ver que tiene delante a una chica rubia que sonrío.

—Disculpa que te moleste.

—Hola, no te preocupes —contesta—. ¿Necesitas algo?

—Es que justo te he visto salir del súper y quería preguntarte si trabajas aquí —dice la chica señalando el establecimiento.

Didi mira hacia el lugar donde esta indica y rápidamente sus ojos vuelven a ella.

—Sí, justo ahí.

«Ojalá pudiese decir que no», piensa.

—¿Y sabrías decirme si está Martín Crespo? —le pregunta la chica rubia.

—¿Martín, el gerente? —dice Didi para asegurarse.

La chica asiente sin perder la sonrisa.

—Sí, ese hombre siempre está —contesta Didi con tono irónico.

—Genial. ¡Muchas gracias! —responde la chica recolocándose el pelo.

—Un placer.

—¡Igual!

Didi se la queda mirando hasta que la ve entrar en el supermercado.

«No tiene pinta de ser mayor que yo», piensa.

Luego termina de abrocharse el abrigo hasta arriba, mete las manos en los bolsillos y empieza a caminar hacia la parada de autobús, que por suerte le pill a tan solo unos pocos metros.

Cuando llega se apoya en la marquesina y, casi sin darse cuenta, su mente comienza a pensar en el trabajo. El maldito supermercado del que acaba de salir.

En cuanto terminó el doble grado de Magisterio y Educación Social, decidió ponerse a trabajar. Le habría encantado encontrar un puesto relacionado con su formación, pero fue misión imposible. Como le hacía falta el dinero, estuvo un tiempo de camarera en un bar y después cubriendo una suplencia en la recepción de un hotel. De vez en cuando también ayudaba a su amiga Jimena en su tienda de ropa vintage, pero muy a su pesar no podía vivir solo de eso.

Así que desde hace ya unos cuantos meses está trabajando en el supermercado, aunque no le gusta nada. Ha intentado hacer amistad con los compañeros, pero no lo consigue, y el jefe no es que sea el tío más majo del mundo.

«Mira que lo he puesto todo de mi parte», se dice.

Ve llegar el autobús y alza el brazo para que este pare. Cuando lo hace, se sube al vehículo. Hoy hay muchos asientos libres, así que incluso puede elegir dónde sentarse.

Se decide por uno de ventanilla. Va hasta él, se quita la mochila de los hombros y se acomoda.

La temperatura del interior es bastante alta, así que se desabrocha un

poco el abrigo. A continuación saca el móvil y ve que tiene varios mensajes en WhatsApp.

Va directa al grupo que tiene con sus amigos.

**Sebas**

Entonces ¿esta tarde nos vemos?

**Clara**

Síííí, qué ganas.

**Kevin**

Al final quedamos en la cafetería de los padres de Valentín, ¿no?

**Sebas**

Sí.

**Kevin**

¿La inauguran hoy?

**Valentín**

En realidad la abrimos ayer, pero fue algo más familiar.

**Didi**

¿Podráis volver a pasar la ubicación del bar? Con tantos mensajes, la he perdido.

**Sebas**

Por fin das señales de vidaaaa.

Ese comentario hace sonreír a Didi. Es consciente de que últimamente no le sobra tiempo para estar tan pendiente del móvil como antes.

Al minuto Valentín pasa la ubicación que le ha pedido por el grupo. Didi bloquea el teléfono y apoya la espalda en el asiento.

«Me niego a que el trabajo me amargue el día, y menos hoy», se dice.

Saca sus auriculares de la mochila, los conecta al móvil y busca en la aplicación de Spotify alguna canción que la ayude a cambiar su *mood*. Tras unos segundos de búsqueda se decide por *You Make Me Feel Like Dancing* de Leo Sayer. No tarda en ponerse a tararear la canción para sí misma y pensar en otras cosas.



Unas horas después Sebas y Valentín están ya en la cafetería.

Sebas está sentado en una butaca y apoyado en la barra, mientras que su novio se encuentra al otro lado de ella limpiando unos vasos.

—¿Tú crees que serán puntuales?

Valentín sonrío y mira a su chico alzando una ceja.

—Cariño, te recuerdo que el que siempre llega tarde eres tú.

—No sé ni para qué pregunto —dice Sebas de forma dramática.

En ese momento se acercan dos chicas a la barra y Valentín se dirige hacia ellas para atenderlas.

Entretanto la puerta se abre y aparecen Clara, Kevin y Ángel. Han decidido ir juntos en el coche de Clara. Temían no aparcar fácilmente, pero tras dar un par de vueltas a la manzana han encontrado un sitio libre justo enfrente de la cafetería Lendia, el local de los padres de Valentín.

Lo primero que ve Clara es a su amigo Sebas sentado y cruzado de piernas a la barra, y él, que justo estaba mirando en esa dirección, exclama mientras se pone en pie:

—¡Mi pelirroja favorita!

Ambos se funden en un abrazo.

Al separarse el chico ve a la pareja que ha entrado detrás de ella.

—Por lo que veo, tienes preferencia en cuanto a hermano pelirrojo, ¿eh? —bromea Kevin.

Sebas se ríe y también los abraza.

Los cuatro se acercan a la barra, y cuando Valentín termina de atender a las otras chicas los saluda.

—¿Qué tal va la inauguración? —pregunta Ángel.

—Muy bien, tanto ayer como hoy ha venido mucha gente y mis padres están muy contentos.

—El sitio os ha quedado superbonito —comenta Kevin.

Valentín mira con una sonrisa a su alrededor. Está orgulloso de lo que han conseguido.

—No es un local muy grande, pero creo que lo hemos aprovechado todo lo que hemos podido.

—Oye, ¿y por qué le han puesto el nombre de Lendia? —quiere saber Clara.

—Es fácil, mis padres han jugado con las sílabas de mi nombre y del de mi hermana: Valentín y Lidia —explica.

Pasan un par de minutos y la puerta de la cafetería vuelve a abrirse. Ahora la que entra es Didi con un ramo de flores en las manos.

Sebas es el primero en acercarse a abrazar a su amiga.

—Querida, tienes ojeras —susurra al darle un beso.

—Como para no tenerlas... —Ella ríe—. Antes de las siete de la mañana ya estaba en pie.

—¡Qué horror!

Didi hace una mueca y saluda al resto de sus amigos.

Pone el ramo sobre la barra y, con las manos, se apoya en esta para acercarse a darle un beso a Valentín.

—No será para mí... —bromea Kevin señalando el ramo.

Su amiga se incorpora, coge las flores de nuevo y se vuelve hacia el pelirrojo.

—Lo siento, pero no. Son para los padres de Valentín porque, como no tenía ni idea de qué se trae a la inauguración de una cafetería, he tirado por unas flores, que es algo que siempre queda bien.

Clara mira rápidamente a su hermano y le da un ligero golpe en el brazo.

—¡¿Ves?, te dije que teníamos que traer algo! —se queja.

Kevin la mira y se encoge de hombros.

—No, no tenáis que traer nada —se apresura a decir Valentín—. Conque vinierais vosotros era más que suficiente.

—Oye, si queréis vamos ya a la mesa, es esa del fondo —sugiere Sebas.

Didi mira a su amigo.

—Valen, ¿están tus padres? —le pregunta.

Él echa un rápido vistazo y los ve en la terraza.

—Sí. Ven, están en la terraza. Mi madre ha comprado unas mantas y las quería dejar colocadas en las sillas. Mi padre está comprobando que las estufas funcionen.

Didi lo sigue y ambos salen del local mientras el resto de los amigos van directos a la mesa.

Tras darles el ramo y felicitarlos por lo bonito que lo han dejado todo, Didi y Valentín se reincorporan al grupo.

—Ya he ganado puntos con sus padres —bromea ella pasando por detrás de Sebas y dándole dos palmaditas en la espalda.

—No te atrevas a caerles mejor que yo —le advierte su amigo apun-tándola con el dedo.

Didi se sienta junto a Ángel.

—Un par de visitas más a la cafetería y... —Ella ríe.

Todos los observan divertidos, se nota el buen rollo que hay entre ellos. Ambos tienen un humor muy parecido.

Sebastián y Valentín llevan cinco años juntos, empezaron la relación en 2018 y desde entonces no se han separado. Y tienen la suerte de caerles bien a sus respectivos suegros y suegras, ambos están totalmente integrados en la familia del otro.

—Didi tiene pinta de ser la típica persona que cae bien a los padres, a las suegras... —comenta Kevin.

En ese momento Valentín se acerca a la mesa.

—Todos, todos..., con los vuestros no lo conseguí —dice mirando a Clara y a Kevin—. Para ellos debo de ser como el mismísimo diablo.

Ese comentario hace que todos rían. Recuerdan perfectamente el viaje que hicieron a Valencia en 2019 y la situación que vivieron con los padres de los mellizos. Y aunque en el momento fue incómodo y doloroso, ahora son capaces de sacarle la parte divertida y tratarlo con humor.

Valentín llama su atención.

—Bueno, decidme qué queréis beber —dice libreta en mano.

Mientras tanto, en el exterior del local, Jacob llega frente a la cafetería cargado con una bolsa grande del Mercadona que le ha dejado su madre.

Hace demasiados meses que se fue y tiene muchas ganas de ver a sus

amigos. Empuja la puerta y, nada más entrar en el local, trata de localizarlos. Aunque la verdad es que tampoco le hace falta buscar mucho; en cuanto oye risas, se vuelve y da con su grupo. Ellos todavía no lo han visto.

—Una Coca-Cola *light* para mí, porfa —pide Clara a Valentín.

El chico lo anota y se desplaza ligeramente hacia su derecha para ir atendéndolos a todos. Y entonces, justo en ese momento, Clara puede ver frente a ella el resto del local.

Siente que su corazón se acelera cuando se da cuenta de que un chico rubio acaba de entrar por la puerta. Se oculta tras unas gafas de sol, pero lo reconocería aunque llevara una peluca rizada de color oscuro. ¡Es Jacob!

De repente es como si todo se parara a su alrededor, solo lo ve a él. Jacob se quita las gafas y se las coloca sobre la cabeza dejando sus ojos al descubierto. Ella clava los suyos en los de él. Se sonríen y, sin necesidad de pronunciar una sola palabra, se lo están diciendo todo: que tenían muchas ganas de verse y que se han echado de menos.

Clara echa una rápida mirada al resto de sus amigos, ninguno lo ha visto aún.

Jacob camina hacia ellos y Clara se levanta y se desplaza unos metros.

Él llega hasta ella, deja la bolsa en el suelo y ambos se abrazan.

Un abrazo fuerte.

Un abrazo con ganas.

Un abrazo muy deseado.

—No me puedo creer que estés aquí —le dice ella—. Te he echado un montón de menos, Jacob.

—Yo a ti también, Clara —responde él.

La conexión que ha habido entre ambos desde prácticamente el día que se conocieron es evidente. La química y el buen rollo que tienen es innegable. E incluso podría haber algo más a ojos de Didi y alguno más del grupo, pero Clara se niega a aceptarlo.

Extrañada porque su amiga se haya levantado sin decir nada, Didi se inclina hacia su derecha para evitar a Valentín y se sorprende ante lo que ve.

¡Ya ha vuelto!

—¡Pero si ha llegado el hijo pródigo! —exclama.

Gracias a su comentario, todos se dan cuenta de que Jacob ya está en el bar y no tardan en levantarse para saludarlo.

—Estás morenísimo, tío —comenta Ángel.

—¿Perdona? ¿Y esas mechas rubias en distintos tonos? —pregunta Sebas tocándole el pelo a su amigo tras abrazarlo.

—Ya ves lo que hacen el sol australiano y la sal del mar a diario —responde Jacob también tocándose el pelo.

—Madre mía, y yo yendo todos los meses a la peluquería —se queja su amigo.

—Te ha crecido muchísimo el pelo —señala Kevin volviendo a sentarse tras saludarlo.

Todos regresan a sus sitios.

Jacob coge su bolsa y ocupa la silla vacía junto al pelirrojo.

Se sienta frente a Clara, con la que intercambia una rápida mirada.

—Sí, tengo que ir a cortármelo.

—Tienes un rollito muy guay a lo Timothée Chalamet pero en rubio, te queda muy bien —contesta Sebas.

—¿Quién es ese, otro de tus miles de *crushes*? —pregunta Ángel interesado.

Sebas asiente con gracia.

¿Hay un número máximo de amores platónicos? Él está seguro de que no, y así se lo demuestra hablándoles de uno nuevo cada dos por tres.

—Vaya, veo que nada ha cambiado por aquí —bromea el recién llegado.

Los demás asienten entre risas.

Una vez que todos tienen algo de beber sobre la mesa, se ponen al día de sus vidas.

—La experiencia en Australia ha sido genial, mejor de lo que esperaba —cuenta Jacob—. Bueno, ya habéis visto que al final me quedé más tiempo del que tenía en mente...

Cuando Jacob acabó la carrera también buscó trabajo, pero no lo encontró, así que, como su tío vive en Australia, decidió tomarse un tiempo para él e irse unos meses allí.

En principio se iba de febrero a mayo o junio, para volver y pasar el

verano en casa. Pero estaba tan a gusto allí que alargó su viaje hasta diciembre y llegó para celebrar Año Nuevo con su madre.

—Los días que hacíamos videollamada contigo se te veía feliz —le dice Clara.

—Me lo he pasado muy muy bien —admite.

—Y por las fotos que mandabas, te has vuelto un hacha en el surf, ¿no? —comenta Ángel.

—Qué va, solo he aprendido a mantenerme encima de una tabla con algo de equilibrio. Surfear una ola ya sí que no lo conseguí. ¿Por qué creéis que solo os mandaba fotos y no vídeos? —Ríe.

Flavia, la madre de Valentín, pide a su hijo desde la barra que les eche una mano.

—Os abandono unos minutos. Voy a ayudar a mi madre —informa levantándose de la mesa.

Todos lo entienden y asienten.

—Bueno, ¿y vosotros qué tal?, ponedme al día —les pide Jacob. A continuación da un trago a su vaso y se reclina en su silla.

Sus amigos se miran entre sí.

—Pues, como puedes comprobar, las maricas del grupo seguimos juntas, y estas dos —dice Sebas señalando a las chicas— continúan igual de solteras y petardas que siempre.

Rápidamente Didi lo mira y replica con una sonrisa:

—Me parece una falta de respeto que me hayas excluido al referirte a las maricas del grupo.

—¿Tienes algo en contra de nuestra soltería? —pregunta Clara.

Sebas niega con la cabeza.

—Con lo bien que se vive sin el temor a que te rompan el corazón —añade Didi.

Ángel y Kevin se miran. Ellos conocen el pensamiento pesimista de su amiga en el tema amoroso, y el pelirrojo se burla.

—Mira que eres negativa con ese tema.

—No, no —responde la morena moviéndose en su silla—. Si a mí me hace muy feliz veros en pareja. Ojalá que lo vuestro dure para siempre, vayamos de boda y todo lo que haga falta.

Ángel se incorpora en la silla y toma la palabra.

—Yo sigo currando en mi gimnasio y en general todo va bien. No ha habido grandes cambios —musita para desviar el tema—. Kevin continúa en la empresa de Cecilia y Clara a veces los ayuda, ¿verdad?

Mira a Clara para que sea ella la que lo cuente.

—Sí —dice esta—. Una de las empleadas está de baja y, aunque se han repartido bien el trabajo, hay días que voy a ayudar en lo que necesiten. Sigo dando clases de apoyo a varios niños y niñas por las tardes y, cómo no, sigo buscando algo.

—¡Y lo difícil que es encontrarlo! —se queja Didi, que está harta de la búsqueda de trabajo—. Lo fácil que te lo pintan cuando estás estudiando y lo complicado que es después.

—Es una mierda —murmura Sebas.

—La de veces que me han dicho que me falta experiencia..., ¿cómo no me va a faltar experiencia si nadie me da una oportunidad? —Clara suspira.

—Y poco se habla de lo complejo que es dar con lo que te gusta y quieres hacer en la vida —comenta Kevin.

Jacob asiente mientras los escucha. Estar con ellos siempre es genial.

Minutos después Valentín regresa y se sienta de nuevo con ellos.

—Mira, esa es una cosa que envidio de mi amiga Amanda —indica Clara—. Ella trabaja de camarera y es algo que le encanta, desde pequeña sabía que quería dedicarse a la hostelería.

Clara y Amanda se conocieron cuando ambas vivían en Valencia y sus novios eran amigos. De pasar tantas horas juntas acabaron haciéndose amigas. Y al final es lo mejor que se han llevado de sus relaciones, ya que ninguna de ellas está ya con sus respectivos novios.

—¿Y busca trabajo? —quiere saber Valentín, ya que sus padres están buscando gente para la cafetería.

Clara niega con la cabeza.

—Qué va. De hecho, ahora vive en Barcelona —responde y, bromeando, añade—: Creo que le pillaría un poco lejos venir a trabajar aquí.

Valentín asiente y Sebas comienza de nuevo a hablar dirigiéndose a Jacob:

—Como ya sabes, yo de momento he dejado aparcado lo que estu-

diamos y estoy trabajando en una tienda de ropa, que es algo que también me encanta.

Jacob, Didi, Clara y él se conocieron en la universidad, cuando todos estudiaban el grado de Magisterio. Y a partir de ahí crearon su grupo.

—Por cierto, se deja gran parte del sueldo en esa tienda... —apostilla Didi con mofa.

Sebas le lanza una mirada y murmura:

—No seas exagerada, ya me controlo mucho más —y, pasándole el brazo por encima de los hombros a su novio, añade—: Además, estoy ahorrando porque Valentín y yo nos queremos ir a vivir juntos.

Valentín está en un pequeño piso él solo, a una calle de sus padres. Sebas aún vive en casa con sus padres y su hermano pequeño. Así que, tras hablarlo, decidieron ponerse a buscar un piso un poco más grande que el de Valentín para los dos.

Ese comentario pilla al grupo desprevenido, y Kevin exclama:

—¡Qué me dices!

—¿Tenéis algo ya? —pregunta su hermana.

—Ya tenemos echado el ojo a algunos pisos, pero nada cerrado ni confirmado. Sin embargo, como yo tengo trabajo y él trabajaba en el bar, creo que es el momento idóneo.

El grupo sonrío al oír eso. Se alegran por ellos.

—¿Y cómo crees que se lo tomará tu madre? —quiere saber Didi, que la conoce.

Sebas resopla, su madre es otro cantar.

—Supongo que habrá alguna que otra lágrima y un poco de drama —indica—. Pero le encanta Valentín. Lo adora. Así que se quedará tranquila. Su amiga asiente, sabe que a pesar de los dramas será así.

—Me alegro un montón por vosotros, Sebas —le dice Kevin pasándole el brazo por encima de los hombros de forma cariñosa.

—Que sepáis que cuento con vosotros para la mudanza —señala él riendo.

—Madre mía, ya me encargaré yo de discutir y dejar de hablarme contigo unos días antes para librarme de ella —bromea Didi.

Clara niega con la cabeza mientras ríe. Adora a sus amigos, al igual que sus continuas bromas.

Entonces Jacob, utilizando la característica muletilla de su amiga, interviene:

—¿Y qué es de tu vida, reina?

Didi sonrío al oírlo. Y cuando va a contestar, Sebas se le adelanta:

—Esta vive amargada.

—Oye... —se queja ella.

Sebas suelta una carcajada y Jacob insiste:

—Sigues currando en el súper, ¿no?

—Sí, muy a mi pesar —afirma—. De momento, ahí sigo. Con unos compañeros bastante rancios a los que el día que me vaya no voy a echar de menos, desde luego, y un jefe al que no soporto.

Jacob asiente comprensivo. A veces no es fácil llevarse bien con los compañeros de trabajo. Y, al ver su expresión cansada, decide cambiar de tema:

—Bueno, ahora que estamos todos, he de deciros que os he traído vuestros regalos de Navidad de Australia.

Los demás lo miran.

—¿Perdona? —suelta Kevin.

—Guauuu, regalitos, ¡me gusta! —Didi sonrío.

—Pero, Jacob, si... —comienza a decir Valentín.

—No hay peros —lo corta él—. Mientras estaba allí fui a varios mercadillos y, como me acordaba de vosotros, os compré algunas cositas...

Empieza a sacar regalos de una bolsa y los va repartiendo.

—A vosotros os he traído unas camisas de estas fresquitas para el verano —explica mientras les da una prenda a Kevin, Didi, Ángel y Valentín.

Ellos las cogen con una sonrisa.

—¡Me encanta! Mira qué tonos, qué ochentera... —exclama Didi.

Jacob asiente, conoce perfectamente los gustos de su amiga.

—Esta tela es superfresca —asegura Kevin tocando su camisa—.

¡Qué maravilla!

Felices y sonrientes, los cuatro le agradecen el detalle. A continuación Jacob saca otro objeto de su bolsa.

—En uno de los puestos había una mujer haciendo prendas de crochet y, al ver este bolso, solo pude pensar en ti —le dice a Sebas.

Al ver que es para él, este se lleva una mano a la boca. Le encanta el crochet. Es un precioso bolso hecho a mano, de color blanco con cuadrados que imitan flores de colores.

—Pero qué fantasía —murmura—, con lo mucho que se lleva el crochet ahora. ¡Muchas gracias!

Jacob sonríe. Sabe que solo queda un regalo por entregar, por lo que, tras coger aire, saca el último de una bolsa de tela y se lo tiende a Clara.

—Uno de los amigos con los que iba a hacer surf llevaba siempre zapatillas personalizadas. Le pregunté y me dijo que se las hacía él, así que, como recordaba que tus colores favoritos eran el rosa y amarillo...

Clara abre la bolsa de tela y extrae unas zapatillas estilo Converse de bota, pero pintadas a mano en color amarillo y, donde iría el logo de la marca, hay un corazón rosa.

—Jacob, te has pasado, son preciosas... —susurra.

—Sabía que te gustarían —afirma el muchacho feliz.

—¡Muchísimas gracias! —Clara sonríe.

Didi los observa con curiosidad. Sigue pensando que harían una excelente pareja, pero no dice nada.

Jacob, por su parte, también sonríe. Le encantaría abrazarla y darle un beso, pero no debe hacerlo. Nunca ha percibido que Clara sienta lo mismo que él, y prefiere que la cosa quede así a hacer algo y fastidiarlo. Por lo menos necesita su amistad.

—Pero esto no es justo —se queja Kevin—. Habíamos quedado en otra cosa, Jacob. Nosotros no tenemos nada para ti.

Este mira a sus amigos divertido. Estar con ellos es su mejor regalo.

—Voy a decir algo muy de Sebas o de una película de domingo por la tarde —suelta.

Todos lo miran mientras él se aclara la voz cómicamente y al final dice:

—Mi mejor regalo sois vosotros.

Los otros sonríen al oírlo y, como atraídos por un imán, se levantan y lo abrazan.

¡Qué bonito es volver a estar juntos!